


Maldita suerte

LAWRENCE OSBORNE

Traducción de Magdalena Palmer

gatopardo ediciones 

Título original: *The ballad of a small player*

© Lawrence Osborne

This edition is published by arrangement with Hogarth, an imprint of Random House, a division of Penguin Random House LLC

© de la traducción: Magdalena Palmer, 2022

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2022

Rambla de Catalunya, 131, 1.º, 1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre, 2022

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: ilustración de Ludwig Hohlwein para un anuncio de cigarrillos de la marca Von Kleydorff (c. 1931).

Imagen de la solapa: © Chris Wise

Imagen del interior: © Brenden Brain (2012)

ISBN: 978-84-125773-8-9

Depósito legal: B19192-2022

Impresión: Liberdúplex S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Casinos de Macao.

FAUSTO:

¿Y entonces por qué no estás en el infierno?

MEFISTÓFELES:

Porque esto es el infierno, y no estoy fuera de él.

CHRISTOPHER MARLOWE

Hacia la medianoche del lunes llego al Greek Mythology de Taipa, donde juego esas noches en que no tengo otro sitio adonde ir, cuando estoy harto de Fernando's, del Clube Militar y de los pequeños hoteles-burdel de República. Me gusta porque no hay famosos de la televisión china y porque me conocen de vista. Es uno de los casinos más antiguos, arcaico y decadente. La madera apesta a humo y la esponjosidad rancia y suave de la moqueta es del agrado de mis zapatos ingleses. Suelo ir en fines de semana alternos y pierdo mil dólares de mi Fondo Inagotable. Voy allí a desperdigar mis yuanes, mis dólares, mis kuai, y perder allí es más fácil que ganar, más gratificante. Es mejor que ganar de verdad, pues ya se sabe que no se es un verdadero jugador hasta que, en el fondo, prefieres perder.

Me gustan los bares surtidos de vinos Great Wall y Dragon Seal, que se pueden combinar con Dr Pepper. Me gustan los griegos. Zeus en lo alto de la escalinata dorada y los frisos de centauros. Me gustan las recepcionistas con gorros color cereza que se acuestan contigo si les pagas lo suficiente. Me gusta incluso la rotonda desierta del final de la calle donde voy a recobrar el aliento en mis malas rachas de juego. En Macao el aire siempre es fresco y limpio, salvo

cuando es fétido y húmedo. Estamos rodeados de mares tempestuosos.

En Año Nuevo llegan los clientes del continente: un desbordamiento de las ciudades cercanas de Cantón y Shenzhen y sus asfixiantes afueras. Parecen cuervos, bandadas de pájaros. Me pregunto qué pensarán de los murales de ninfas felices. Entre ellos se distinguen los que se han hecho millonarios vendiendo imperdibles, los directores de las fábricas del río Zhujiang, los dueños de pequeñas empresas familiares especializadas en componentes de teclados, muelles de juguetes o engranajes para cortacéspedes. Todos confían en el *I Ching* y vienen aquí a perder los fajos de billetes que tanto les ha costado ganar. Las puertas son de ese dorado brillante que tanto les gusta a los chinos, las alfombras de ese rojo oscuro que también adoran y dicen que es el color de la Fortuna. Las arañas de luces descienden de techos pintados con escenas de Tiepolo, con céfiros de ojos asiáticos. Y un pasillo lleva a otro, ese interminable sistema de pasillos de todos los casinos de Macao.

Entro en un vestíbulo. Jarrones rojos y cristal esmerilado con imágenes de Confucio y jóvenes desnudas. En una sala privada, que vislumbro de pasada, dos jugadores chinos apuestan cien dólares de Hong Kong por minuto, con el letargo y la indiferencia del macho. Uno de ellos fuma un puro enorme que ha cogido de la caja de habanos que hay abierta encima de la mesa. Deja caer la ceniza en una de las conchas metálicas que imita las reproducciones baratas de Botticelli y que están encastradas en las paredes azules. Me empiezan a sudar las manos en los guantes que siempre llevo cuando entro en un casino. Se me enrosca en la nariz un olor a humanos concentrados en su mala suerte, que sudan igual que yo porque los ventiladores no funcionan.

Aquí se juega al bacarrá punto y banca. No requiere ninguna habilidad especial y a los chinos les gusta por eso. Cada mesa tiene un tablero electrónico vertical donde el curso de la Suerte se muestra como una disposición matemática en columnas de números. Las multitudes se congregan alrededor de estos tableros para decidir qué mesas son afortunadas y cuáles no. Analizan las líneas de números, que cambian minuciosamente con cada mano que se juega en la mesa. Es una forma de calcular los vientos del cambio, los patrones de la Suerte, y juraría que el ojo occidental es incapaz de interpretarlos. Pero es que no se han hecho para nosotros.

Me siento y saco mi cartera de piel de cocodrilo. Juego con guantes amarillos de cabritilla y todos me toman por una especie de lord, un lord fugado con una mala racha que podrían mitigar las fuerzas del *I Ching*. El camarero me pregunta si quiero otra copa, ¿una botella de champán, quizá? Pido una botella de algo, de lo que sea, y pienso: «Me la beberé igualmente, tarde o temprano siempre me la acabo bebiendo». Pero nunca me emborracho. En la mesa solo hay una mujer de mediana edad. Me mira por encima de las gafas, y aunque veo en sus ojos el habitual odio xenófobo, también noto algo de coquetería; es una profesional de las mesas y se ha vestido con ropa de los centros comerciales de Tsim Sha Shui. Juega con una mezcla de kuai continentales, dólares de Hong Kong y algunas fichas turísticas. Dinero fácil, piensa mientras mira al rollizo *gwailo*¹ con guantes y pajarita, con pinta de catedrático de literatura de Nueva Inglaterra, que ha salido a divertirse con permiso de su mujer. Me mira de arriba abajo, la muy cabrona, y me regodeo en la idea de que voy a despellejarla viva con un par de buenas manos. Eso me anima a concentrarme.

1. Término cantonés para designar al hombre caucásico. Literalmente significa «hombre fantasma», supuestamente en referencia al color blanco de su piel. (N. de la T.)

Las apuestas son de cincuenta dólares de Hong Kong la mano. Empiezo a fumar, como hago siempre, Red Pagoda y Zongnanha, esas cosas que matan. El crupier me mira de soslayo. Él también me reconoce; solo hay un puñado de jugadores *gwailo* en toda la ciudad.

—Esta noche el viento no sopla en la dirección adecuada —me dice, amable.

¿Debería abandonar? «Pero esa zorra está ganando. Me está sorbiendo el dinero», pienso. No, no.

—Adelante —le digo.

—¿Seguro?

—Seguro.

Doblo la apuesta. Pongo billetes de cien dólares en las tres manos y los veo desaparecer al otro lado de la mesa.

—Ciento cincuenta —dice la mujer en mandarín, arrojando una ficha de color verde al centro de una mesa más verde aún.

—Doscientos —digo en cantonés.

—Doscientos cincuenta.

—¡Trescientos!

—Bien —suspira.

Jugamos cuatro manos y pierdo tres. Una bandeja de *bacalhau* aparece en la mesa y la mujer coge un tenedor de plástico con manifiesto placer. El *I Ching* está de su parte.

Ahora veo todo el oro que lleva. Me levanto, vacilante, y decido refugiarme en el aseo de caballeros para serenarme. El crupier titubea y pregunta:

—¿Señor?

Pero lo tranquilizo con un gesto.

—Volveré —le digo.

Nunca me doy por vencido hasta que estoy a punto de caer. Me alejo como si no me importara. Como si fuera a volver del aseo de caballeros para despellejarla viva, como seguro que haré.